

Enrique Florescano, comp. *Mitos mexicanos*. México: Aguilar, 1995; 315 pp.

A mediados de la década de los noventa, a invitación del historiador Enrique Florescano, un grupo de reconocidos especialistas se pusieron a reflexionar sobre “los mitos que hoy son más entrañables, populares u obsesivos entre los mexicanos, así como la imagen de algunos personajes que han alcanzado un lugar privilegiado en el imaginario colectivo” (11). El grupo es numeroso: cuarenta y un participantes, entre los que se cuentan una gama de científicos sociales, escritores de ficción, caricaturistas —que por supuesto expresan sus ideas en forma de “monitos”—, una poeta y un rockero. El resultado es un volumen signado por la diversidad de aproximaciones, que ofrece un ameno inventario de las inquietudes simbólicas nacionales finiseculares.

Florescano, en el prólogo, explica la concepción de mito que subyace a la serie: una de las principales expresiones de la mentalidad colectiva, cuyo rasgo distintivo es ser un medio de transmisión de memorias grupales o comunitarias. Se trata de una creencia social compartida; del instrumento idóneo para manifestar las más recónditas aspiraciones de una colectividad.

El historiador parte del reconocimiento de que los mexicanos carecemos de un catálogo de los mitos y personajes mitológicos con los cuales convivimos y se propone empezar a llenar el vacío con este conjunto de ensayos brevísimos.

El volumen está dividido en tres secciones: “La nación y sus mitos”, que comprende catorce ensayos; “La sociedad y sus mitos”, dieciocho, y “Personajes”, diez.

El ensayo que abre la serie es “El águila y la serpiente” de Alfredo López Austin, quien comienza con una propuesta teórica. Explica que en algunos casos los símbolos cumplen mejor su función social, no en

tanto expresan un mensaje nítido, sino en cuanto que son “más ambiguos los objetos a que se refieren, más numerosas sus posibles lecturas, más abundantes sus sentidos ocultos y mayor su ilusoria claridad” (15). A continuación comenta cómo el escudo nacional es una compleja síntesis de signos que simplifica la mexicanidad al evocar en forma reduccionista un pasaje de suyo alegórico, la fundación de México-Tenochtitlan. En un breve repaso, que deja ver, no obstante, su acucioso frecuentamiento de las fuentes, López Austin rebate la teoría de que el relato y la representación visual del águila y la serpiente corresponde a la influencia colonial de los evangelizadores. El estudioso remite a imágenes mesoamericanas donde se presentan aves predatorias devorando serpientes, dejando claro que el símbolo no deriva forzosamente del cristianismo.

El estudio de Arnaldo Córdova sobre la “La mitología de la Revolución mexicana”, al igual que el ensayo precedente, ofrece una reflexión sobre el mito que norma su visión:

una forma de memoria colectiva, un registro del pasado en el que se plasma un evento real o imaginario de héroes (también reales o imaginarios) o divinidades que marcan el inicio de una identidad espiritual de una comunidad, un pueblo o una nación; *algo* o *alguien* que da sentido y voluntad de vivir a sus integrantes (21).

Explica que el mito forma parte de la vida cotidiana espiritual de los hombres, la informa y le da cohesión. Al autor le interesan los mitos que han surgido de la realidad histórica mexicana, y concibe que, ante lo “miserable” de esta realidad, los mitos han sido un medio para “embellecerla” (23) y, según implica, para tolerarla. Y el mito principal de la vida contemporánea nacional, aún vivo, ha sido la Revolución mexicana de 1910, que a su vez puede descomponerse en muchos mitos, algunos generados o alentados por los gobernantes del país.

A través de una relectura sensible y moderna de las crónicas de origen español, indio y mestizo, en su ensayo “La Malinche: la lengua en la mano”, Margo Glantz recupera la figura femenina fundacional de la nacionalidad mexicana. Explica lo decisivo del papel histórico de Malintzin como “lengua” y faraute —traductora e intérprete— entre dos culturas. Describe la ruptura que lleva a cabo Doña Marina de los roles femeni-

nos y su ascenso en la escala social hasta vivir un proceso de deificación, una de las formas de la mitificación. La autora comenta también la importancia de la voz y la palabra en una sociedad vinculada a la tradición oral, donde los códigos necesitan de la palabra memorizada para ser interpretados.

¿Qué hay bajo el mito del amor materno?, pregunta Martha Lamas en su trabajo “¿Madrecita santa?”. La autora deja ver cómo, desde la década de los veinte, la exaltación de la maternidad ha servido a los grupos gobernantes para frenar los avances del movimiento feminista, el cual, en sus diversas expresiones, pugna por la procreación voluntaria. Describe la actitud del Estado que mitifica la maternidad, con las características supuestamente inherentes de victimización y sacrificio, y no propicia la existencia de condiciones laborales y sociales que permitan a las madres una realización integral.

Aunque la tercera de las secciones es la que se dedica explícitamente a personajes, la mayor parte de los estudios que conforman las dos primeras tienden asimismo a visualizar los mitos encarnados en individuos o estereotipos. Ello es evidente desde los títulos de los ensayos: “El político: arquetipo y estereotipo” de Carlos Monsiváis; “El tapado” de José Woldenberg; “Exaltación y vituperio de los intelectuales” de José Joaquín Blanco; “El guerrillero” de Carlos Montemayor, en la primera sección; en la segunda, de los ya mencionados “La Malinche...” y “¿Madrecita santa?”, a los cuales se agregan “Quetzalcóatl: un mito hecho de mitos” de Enrique Florescano; “La Virgen de Guadalupe” de Félix Báez-Jorge; “El caudillo” de Antonio Saborit; “El pueblo” de Mauricio Merino; “Mojados y chicanos” de José Manuel Valenzuela Arce; “Léperos y catrines, nacos y yupis” de Carlos Monsiváis; “El macho y el machismo” de Manuel Fernández Perera; “El ciudadano” de Fernando Escalante; “El charro cantor” de Enrique Serna y “Los periodistas” de Raúl Trejo Delarbre, ilustrado por un cartón de Abel Quezada. A su vez, el último apartado incluye a los siguientes personajes: “El poeta” de Guillermo Sheridan; “El licenciado” de Mario Guillermo Huacuja; “El indigenista” de Mauricio Tenorio; “Una extranjera en México” de Barbara Jacobs; “La prostituta: mito e imagen” de Sergio González Rodríguez; “El narcotraficante” de Federico Campbell; “Las secretarías” de Cristina Pacheco; “El mito del rockerondero” de Jaime López; “El

vulcanizador” de Juan Villoro y “Los amantes” de Silvia Tomasa Rivera. El conjunto de estos trabajos constituye una serie de imágenes que bien podrían acomodarse en las cartillas de un juego de lotería.

Como es frecuente en este tipo de compilaciones, las aproximaciones a los diversos temas son desiguales. Van desde el fino humorismo de los textos de Carlos Monsiváis, Guillermo Sheridan y Juan Villoro para describir personajes devenidos arquetipos, hasta ensayos que disertan sobre determinado tema sin referirse a sus posibles dimensiones míticas. Este último es el caso, por ejemplo, de “Las milpas de la ira. Campesinos hacia el tercer milenio” de Armando Bartra.

Como conjunto, los textos, que pueden agruparse en múltiples combinaciones a través de una gran variedad de coordenadas, llevan la impronta de la evolución de la sociedad mexicana a finales del siglo xx. Ensayos complementarios entre sí, como “El político: arquetipo y estereotipo”, “El tapado”, “El licenciado”, “El fin del mito presidencial”—de Jorge Hernández Campos—, “El mito del PRI” de Lorenzo Meyer, remiten al innegable desgaste del sistema político nacional. Frente al Estado emergido de la Revolución, otrora tan poderoso, surgen nuevas respuestas sociales que generan nuevos mitos: el de “La izquierda”, comentado por Luis González de Alba; “El mito de la derecha en México”, por Soledad Loaeza; el del movimiento estudiantil “1968: política y mito”, por Gilberto Guevara Niebla. O, en otro orden, el mito del guerrillero, descrito por Carlos Montemayor. O tal vez el del narcotraficante, abordado por Federico Campbell.

Por otra parte, trabajos como los de Martha Lamas y Margo Glantz, sumados al de Cristina Pacheco sobre las secretarías y Manuel Fernández Perera sobre el machismo, dan cuenta implícita de las inquietudes del feminismo mexicano.

Otros artículos tienen que ver con la cultura de masas: “Tres de mariachi y una mariachada” de Jesús Jáuregui; “Los ídolos a nado” de Luis Miguel Aguilar; “El charro cantor” de Enrique Serna; “El mito del rockero” de Jaime López; “El espejismo sobre el espejo: la mitología del cine mexicano” de Leonardo García Tsao, y “La televisión” de Fátima Fernández Christlieb.

Junto con los ensayos de López Austin, Florescano, Glantz y Báez Jorge, que indagaban en la formación mítica de la nacionalidad, podrían

agruparse las caricaturas de Magú, “La nación y sus símbolos”. Y un artículo complementario sería el de Hugo Hiriart, “Máscaras mexicanas”.

“La bohemia de la carne: fragmentos a su imán” de Roberto Diego Ortega y “Los cuarenta y uno” de Carlos Bonfil permiten asomarse a las costumbres sexuales.

Es fácil apreciar el interés del volumen para los estudiosos de las literaturas populares. Entre la galería de personajes presentada se encuentran los protagonistas de los corridos populares, de los poemas que se declaman en las escuelas y en las cantinas, de las caricaturas que cotidianamente vemos en los diarios, de una gran cantidad de películas. *Mitos mexicanos* es un inicio ameno y sugerente para el estudio de un tema tan rico en manifestaciones.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM